

COMPRENDER  
EL SIGLO XX  
VENEZOLANO

3

Política y  
pueblo  
en el  
siglo XX  
venezolano

Arturo Sosa A.

Los otros dos conceptos claves de la interpretación que hace Diego Bautista Urbaneja del siglo veinte venezolano son los de **pueblo y política**. Desde el comienzo el autor centra su interés en lo específico venezolano, sin pretender exclusividad (p.19), es decir, reconociendo que fenómenos como los nuestros se han dado en otros países. En todo caso, este enfoque no sólo es acertado, sino que rinde frutos. El esfuerzo sistemático por comprender la realidad necesita, centrarse más en lo específico que en lo general. En nuestro ambiente político e intelectual es muy frecuente el método contrario: referirse a realidades de otras partes para iluminar las de aquí, sin que el conocimiento de aquellas realidades sea suficiente y sin detenerse en mostrar la pertinencia de la comparación. Podemos ayudarnos de otros conocimientos y otras experiencias sólo en la medida en que las conozcamos tanto como la nuestra, la comparación sea útil y mantengamos claro el objetivo de profundizar en lo específico del proceso que estamos estudiando. Esta posición no proviene de creernos únicos e irrepitibles, sino del sano principio metodológico de delimitar con precisión el «problema» de la realidad que se quiere aprehender. Una vez acotado y estudiado, toda inferencia, comparación y hasta generalización puede ser iluminadora, pero antes genera confusión en lugar de conocimiento de la realidad histórica y política.

El libro de Urbaneja es un buen ejemplo del uso adecuado de este método. Estando bien focalizado su interés en el proceso venezolano y queriendo conscientemente formar parte de «la comunidad académica y ensayística venezolana» (p.23), maneja con amplitud y destreza numerosa y buena bibliografía anglosajona sobre los temas que trata. Se logra así uno de los objetivos que el autor se propone: respetar y resaltar «la reflexión que en Venezuela se ha realizado sobre su propio acontecer» (ibid.), entroncándose y engrosando esa corriente, porque lo que dice sí vale la pena. Más aún, este libro se convierte en un punto de referencia obligado para cualquier discusión seria sobre el proceso político venezolano del siglo XX. *Pueblo y petróleo...* tiene, además, una rara virtud: su estilo y lenguaje permiten usarlo tanto como texto introductorio al conocimiento del presente siglo en Venezuela, como propuesta de discusión para quienes conocen ese proceso. Es decir, ofrece la suficiente información básica para ubicar a quien busca enterarse del proceso, al mismo tiempo que «pone a pensar» al que ya tiene una interpretación propia de esos hechos.

Hay que resaltar, además, la originalidad en la formulación de los conceptos

claves usados por Diego B. Urbaneja en su ensayo. Los conceptos claves de *programa político e idea de pueblo* son fruto de un largo pensar personal. No son copias serviles ni adaptaciones muy logradas de otros sistemas o autores. En ese sentido, Urbaneja «teoriza», es decir, formula proposiciones intelectualmente consistentes que pretenden dar cuenta de la realidad y explicarla. Como sustrato de esta obra hay, pues, no sólo el riesgo que conlleva la aventura de pensar autónomamente sobre la realidad que se vive, sino el prolongado y sistemático esfuerzo intelectual que requiere llegar a la familiaridad con los hechos y sus interpretaciones que permite proponer la propia teoría sobre esa realidad.

En este sentido, *Pueblo y petróleo...* nos ofrece un análisis politológico del que se desprende una interpretación alternativa a las que proponen «hipótesis generales» de la historia, como la marxista. Además «el enfoque del trabajo no ofrece cabida a lo que podríamos llamar la dimensión moral de la historia venezolana. Los elementos de ella que ameritan una consideración moral entran en juego en cuanto contribuyan a una más plena descripción, explicación o comprensión de la dinámica política» (p.20).

Diego Urbaneja nos propone que de la *idea de pueblo* que se tenga surge un modo de gobernar y de hacer política. El libro expone esos modos o *programas políticos* en forma sistemática y consecutiva. «*Diferentes concepciones de pueblo subyacen en los programas políticos que ha orientado la labor de quienes han gobernado en Venezuela. Se han expresado en particulares modos de gobernar, a su vez manifestados en unas cuantas y principales líneas de políticas y subprogramas. El siglo XIX, los primeros cuarenta y cinco años del XX, y los últimos treinta que representan el predominio de tres maneras de conceptuar al pueblo y de gobernar consiguientemente. Hemos llamado programas políticos a esos tres cuerpos de ideas y son el liberal, el positivista y el democrático*» (p.433). Sin romper el orden lógico del autor, nos tomamos la libertad de romper su orden expositivo para comentar primero los aspectos que se refieren a la *idea de pueblo* y luego los que tiene que ver con los *programas políticos* y acciones de gobierno.

**PENSAR AL PUEBLO,  
HACERSE PUEBLO,  
DIALOGAR COMO PUEBLO**

Para Urbaneja, el acontecer histórico está fuertemente determinado por lo que lo que piensan de la sociedad sus dirigentes políticos. «*De las ideas compartidas por los grupos dirigentes en un momento dado, la que posee ese poder ordenador es la idea de pueblo que sostiene los gobernantes: quién es;*





Cipriano Castro



Juan Vicente Gómez



Eleazar López Contreras

para qué sirve, o de qué es capaz, políticamente hablando; qué lo hace ser lo que es; como debe participar en la conducción de la sociedad» (p.17).

Pueblo es, para Urbaneja, el «hombre promedio» de la sociedad, cuyo conjunto es percibido con unas determinadas capacidades políticas (cfr. p.30). De esta manera propone tres ideas de pueblo. La liberal, en la que se concibe como pueblo a quien las leyes definen como ciudadanos, es decir, en ejercicio de los derechos políticos que establecen esas mismas leyes en cada una de los momentos de la evolución del modelo liberal. *Pueblo y petróleo*... no entra a detallar la evolución de esa idea de pueblo a lo largo de la vigencia del liberalismo en Venezuela. Insiste poco, sin embargo, en una nota característica de la concepción liberal del ciudadano, a saber, la de ser propietario. La propiedad es un elemento constitutivo de la condición de ser libre y parte de la comunidad política. Por consiguiente, el ciudadano debe ser propietario. El pueblo son, entonces, los propietarios. Otras condiciones como saber leer y escribir también están estrechamente ligadas a la condición de ciudadano establecida en las diversas leyes liberales, pero poseen un vínculo secundario con el elemento central: la libertad humana no existe donde no se reconoce y se asegura el ejercicio de la propiedad privada.

Los positivistas critican la ingenuidad de los liberales que creían que tal pueblo definido en la «constitución de papel» realmente existía y podía ejercer las capacidades que se le adjudicaban. No tomaban en cuenta que «la interacción de factores raciales, históricos, geográficos, característicos de nuestra sociedad, producía un venezolano medio cuyo principal rasgo político era su aptitud para obedecer «hombres fuertes» y, concomitantemente, su incapacidad para ser protagonista apropiado de las instituciones republicanas con las que habían soñado los ideólogos liberales» (p.81). Por consiguiente, los dirigentes del programa positivista asumen su labor de gobierno con la con-

ciencia de dirigir a una masa políticamente inmadura que funciona en la cotidianidad de acuerdo a su «constitución efectiva», sean cuales sean las leyes que se aprueben, que exige la presencia de un liderazgo fuerte cuya principal misión es mantener las condiciones, el «orden», necesario para que se produzca la transformación de las condiciones que determinan el comportamiento político del pueblo.

Esta idea queda plenamente comprobada, para el enfoque positivista, con la experiencia del Trienio adeco en el que se demostró que «un pueblo puesto a elegir libremente, tenía una fuerte inclinación a entregar el poder a un grupo político que había demostrado no saber ejercerlo» (p.175).

Urbaneja insiste en la resurrección de la concepción positivista del pueblo durante los gobiernos posteriores a 1948. Sin duda que alguna conexión existe en la medida en que el positivismo conforma buena parte del paradigma cultural venezolano y tiene una incidencia importante en la conformación de las actitudes políticas de quienes asumen el poder en ese momento. Hay, sin embargo, un factor que no toma suficientemente en cuenta la existencia de una nueva concepción del pueblo: el Ejército o lo que podríamos llamar el «partido militar».

Una de las grandes innovaciones en el acontecer político venezolano del siglo XX es la organización de una Fuerza Armada estable, profesional y disciplinada. Tanto que se convierte en la primera institución «moderna» del Estado Nacional, sobre la cual se apoya su consolidación y expansión como tal. El Ejército es la clave para entender cómo se dio la transición de la férrea dictadura personal de Juan Vicente Gómez a los gobiernos de Eleazar López Contreras e Isaías Medina Angarita, que iniciaron procesos de apertura política y modernización económica de una magnitud y celeridad poco previsibles en la sucesión del gomecismo.

Del Ejército van a surgir los líderes del

movimiento que, junto con Acción Democrática, derrocan al General Medina para evitar un retroceso en ese proceso modernizador y que cobran conciencia de representar mejor las necesidades del pueblo y de la Patria que los propios partidos políticos populares. Según el Nuevo Ideal Nacional para llevar adelante el ideal de «paz y progreso» lo que hacía falta eran técnicos, obreros y soldados. Estos son los que forman el pueblo. Los demás —especialmente los militantes de partidos, los sindicalistas...— sobran y hasta pueden estorbar. Por eso, proponen un *Gobierno de las Fuerzas Armadas* como la garantía de representar en sus decisiones las auténticas necesidades de la Patria. El *perezjimenismo*, por haber caído en la tentación personalista, contribuyó mucho en el fallecimiento «prematureo» de este programa político militar, que va más allá de una reedición del programa positivista.

Las ideas de pueblo que subyacen a los tres programas políticos presentados en *Pueblo y petróleo*... son maneras de «pensar al pueblo». Podría enriquecerse la misma noción que ofrece Urbaneja si además de las preguntas quién, para qué sirve, por qué..., también buscamos respuesta a cómo conciben los dirigentes de cada uno de los programas políticos su vinculación y grado de pertenencia a ese pueblo. Esta dimensión nos daría bastante luz sobre las motivaciones subyacentes a muchas decisiones políticas, formas de organización, concepción de los plazos en los que se puede y debe acceder al ejercicio de los derechos políticos, al papel de la «sociedad civil» en el proceso político.

Hacer realidad en el fundamento de las relaciones sociales básicas de la sociedad venezolana actual las propuestas democráticas que cruzan los diversos programas políticos y comúnmente aceptadas en los últimos decenios requiere pasar del «pensar» al pueblo en conceptos más o menos adecuados y extensivos a «hacerse» pueblo, o sea, sentirse «hombre pro-



Isaías Medina Angarita



Marcos Pérez Jiménez



Rómulo Betancourt

medio», «persona común y corriente»... Una vez dado ese paso podremos, entonces, dialogar como pueblo, producir esa extensa red de negociaciones sociales y políticas que hace posible la vida común de un pueblo heterogéneo, pluralista, tolerante y capaz de gobernarse a sí mismo de acuerdo a un *programa democrático* fruto del consenso negociado y flexible para responder a nuevas condiciones y exigencias del propio crecimiento.

#### POPULISMO O DEMOCRACIA

Diego B. Urbaneja dedica el capítulo XIII de su obra a fundamentar su preferencia por llamar al programa político vigente a partir de 1958 *democrático* en lugar de *populista*. «Si se aclara que el calificativo «democrático» deriva de un sustantivo —«democracia»— al que se le ha antepuesto el calificativo «venezolana», la expresión es valorativamente neutra y descriptivamente precisa. El programa democrático es el que ha orientado eso que hemos tenido como democracia y que los venezolanos saben bien qué es» (p.282).

El análisis sobre la ambigüedad conceptual del populismo hecho en este capítulo es impecable. Igualmente contundente es el argumento de la imposibilidad de usar el cognomento *populista* de una manera neutra, además de su connotación negativa en el lenguaje coloquial, especialmente a raíz del desprestigio de los partidos políticos y la crisis del modelo distributivo-clientelar alimentado en la abundante renta petrolera del Estado manejado por esos partidos.

En mi propia experiencia de calificación del sistema político venezolano me he dicho muchas veces «mejor otra palabra» (p.280). Sin embargo, no encuentro esa palabra mejor. Entre otras cosas, porque el sustantivo *democracia* al que se quiere referir el adjetivo *democrático* de este programa político es también un concepto de múltiples significados y muchas

ambigüedades (cfr p.281). Democracia «representativa», «burguesa», «directa», «liberal», «auténtica», hasta el extremo de tener que adjetivar con el mismo adjetivo en otra lengua democracia (griego) «popular» (latín) que llevaría a una traducción redundante: «gobierno del pueblo popular». En el discurso político venezolano su uso también es extenso: los liberales persiguen una República democrática, los positivistas llaman democrático al dictador —Cesarismo democrático: la libertad bajo un jefe, como la define Laureano Vallenilla Lanz— que mete en cintura a todo el pueblo y se identifica personalmente con el Estado y la nación. Los fundadores del programa democrático de Urbaneja, usaron durante muchos años esta palabra como adjetivo del sustantivo «izquierda», porque les parecía la mejor precisión posible. «Izquierda Democrática» deslindaba sus posiciones al mismo tiempo de los comunistas, de los socialdemócratas, de los trotskistas, del gomecismo, lopecismo o medinismo... y, por supuesto, del positivismo o del militarismo. Llamarla «venezolana» no resuelve más problemas que el de llegar a una especie de convención intuitiva que existe en el actual lenguaje coloquial.

Al reconocer, pues, como lo hace Urbaneja tanto la ambigüedad positiva de *democracia* como la existencia de rasgos *populistas* en el caso venezolano, no veo razón para renunciar al uso del término a pesar de sus connotaciones negativas en el momento actual. Por ejemplo, me resulta esclarecedor la forma de distribución de la riqueza a través del Estado, hablar de *populismo rentista*, lo cual, además, explica el tipo de «movilización» social tan intenso que se vivió en Venezuela que Urbaneja no reconoce (cfr. p.278). Este hilo de razonamiento podría llevarnos más lejos, al punto de poder afirmar que el *populismo* atraviesa tanto al programa positivista (vivo y redivivo) como al democrático, pues es el Estado venezolano rentista el

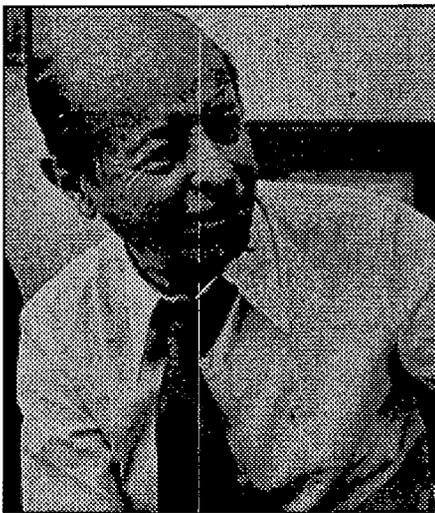
que adquiere conformación y prácticas populistas. De esta manera, podríamos encontrar rasgos populistas en políticas públicas muy anteriores al programa democrático.

También es evidente que a quien le viene mejor el adjetivo populista es a las organizaciones políticas características del programa democrático. Acción Democrática, el Partido Socialcristiano COPEI, Unión Republicana Democrática... para quedarnos en el 58 sin ir hacia atrás o hacia adelante, son partidos populistas, sujetos políticos del programa democrático venezolano. Ellos han encarnado en sus organizaciones policlasistas e inclusivas la representación del «pueblo soberano», pero también han sustituido a ese pueblo, tomando decisiones en su nombre, con el sólo aval del voto en blanco, y a través de una organización centralista manejada por una élite de dirigentes.

Por tanto, no me siento mal al hablar de la *democracia populista venezolana*, entre otras cosas porque deja la puerta abierta a otras formas de democracia venezolana, cuando el populismo ha perdido su razón histórica de ser y el rentismo petrolero como condición de posibilidad en Venezuela. Sostengo a la democracia como el horizonte hacia el que debemos movernos como sociedad y como pueblo, dejando atrás el populismo, después de haber dado con él algunos pasos.

#### GOBERNAR AL PUEBLO, REPRESENTAR AL PUEBLO, ORGANIZARSE COMO PUEBLO

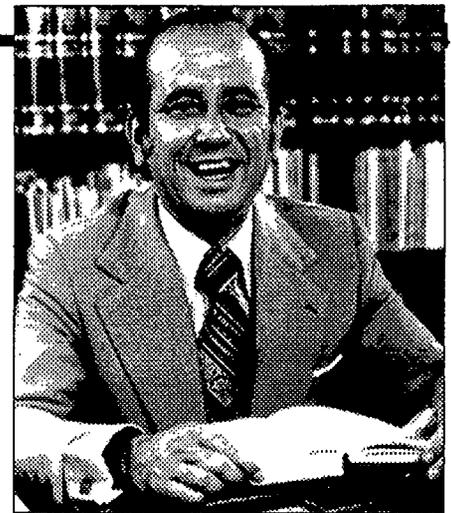
La forma en que Urbaneja describe la sucesión de los tres *programas políticos* que considera tiene la ventaja de una enorme claridad expositiva que permite seguir el desarrollo del proceso político venezolano. Sacrifica, en parte, la complejidad de la gestación del siguiente *programa* durante la vigencia de otro, la pervivencia del anterior en el presente, las tensiones y



Jóvito Villalba



Rafael Caldera



Carlos Andrés Pérez

conflictos entre ellos. En su caso, hubiera escogido el mismo camino; pero es importante recordar en el momento presente esa complejidad, pues nos ha tocado vivir una época en la que parece desfallecer el programa democrático, vigente por treinta y cinco años, y estamos en plena programación política del futuro a corto y mediano plazo.

La idea de pueblo que inspira la acción de gobierno del programa positivista lleva a poner el acento en la acción de «gobernar al pueblo»; en fin de cuentas, éste es percibido como un menor necesitado de ser conducido hasta alcanzar la madurez, para la cual es necesario poner las condiciones, es decir, emprender la vasta obra del «progreso». Por eso, quienes aún están embebidos de esta idea consideran que ha sido el único «programa exitoso en sus propios términos, en dos sentidos muy gruesos. El primero es que hizo lo que quería hacer: instaurar la paz estable —lo que él consideraba paz— e inducir un cambio en la Constitución Efectiva, según la concepción que de lo que había que cambiar en ella el programa fue adoptando en sus diversas etapas. El segundo es que avanzó de acuerdo a su propia lógica, sintonizando las instituciones políticas con el grado de capacidad política que los evaluadores autorizados considerasen maduro» (p.105). La continua prédica de personas de relevancia pública como Arturo Uslar Pietri acerca del garrafal error que significó interrumpir el proceso del programa positivista en 1945, como explicación anacrónica de la crisis del programa democrático, ilustra lo que quiero decir.

Dentro de ese mismo orden de ideas, resulta preocupante que en la actual situación del país se mantenga tan buena imagen del perezjimenismo, y se perciba tan extensamente al de las Fuerzas Armadas como un Gobierno eficiente, mientras se asocia a los gobiernos del programa democrático con la corrupción, el deterioro del Estado y el descenso en la calidad de vida de todos los sectores de la población

venezolana, especialmente la de los de menores recursos.

La crisis del rentismo, con su carga de empobrecimiento colectivo, de la capacidad de gestión de los partidos populistas, la ofensiva ideológica del empresariado «neo-liberal», apoyado en las fuertes presiones internacionales que buscan integrar las pequeñas economías como la venezolana en la dinámica expansiva del capitalismo nor-occidental... pueden hacernos ver la caída del populismo y la pérdida de vigencia del programa democrático expuesto por Urbaneja, como el fallecimiento de la democracia.

El crecimiento exponencial de la violencia social —la superación de la violencia política fue uno de los grandes logros del programa democrático—, alimentada de la frustración colectiva por la pérdida de un horizonte optimista de futuro, la impunidad de los delitos, el falso modelaje social, el aumento del tráfico y consumo de drogas, la omnipresente y corrosiva corrupción, la impunidad, especialmente de los estratos altos, la inhumanidad asentada en las cárceles, hospitales, escuelas y barrios urbanos... nos ponen en la pendiente de la anomia social, cuyo final es la anarquía que clama cualquier tipo de «orden» que la detenga.

También es claro que han quedado al descubierto las raíces individualistas y autoritarias de nuestra cultura política que prefiere la búsqueda de un «mesías» a la trabajosa participación en los procesos de toma de decisión política que implica la responsabilidad común de lo público, característica de una democracia. Por otra parte, la exigencia de transformar una larga tradición rentista en una actitud y unas destrezas productivas, de manera que la distribución de la riqueza, tendiente a mejorar la igualdad social, tenga su fuente en el esfuerzo conjunto por generar la base material de una sociedad industrializada y tecnológicamente moderna, requiere la inversión de una enor-

me energía social en cambiar el sustrato de la cultura política del pueblo venezolano.

Estamos ante una encrucijada política. Un camino lleva a formas autoritarias del ejercicio del poder. Por ejemplo, la forma en que los comandantes del golpe de 4 de febrero de 1992, simbolizados en la imagen de Hugo Chávez, han adquirido una enorme «popularidad» muestra lo fácil que resulta revivir ese sustrato autoritario presente en la cultura política venezolana. Chávez es acogido en aquellos sectores sociales que han visto frustradas sus esperanzas con el desarrollo de la situación actual. El mito de Bolívar envuelve sacramentalmente la necesidad de un «hombre fuerte» que se deje de circunloquios e «instaurar el orden», es decir, nos reponga el horizonte optimista, nos asegure contra la violencia y nos prometa que los obstáculos en el camino que traíamos van a ser removidos.

El otro cruce lleva a la democracia. El camino apenas se ve porque está en parte escondido y en parte sin hacer. Ya no se trata sólo de recuperar la capacidad de «representar al pueblo» que tuvo el programa democrático, sino de «organizarse como pueblo», de manera de constituir esa compleja red de organizaciones plurales que puedan formar una sociedad civil sujeto de una sociedad democrática, productiva, servida por un Estado de las dimensiones que el desafío de alcanzar y mantener la justicia social requiere.

La experiencia de este siglo puede alimentar ambas direcciones. En ninguna de ellas partimos de cero. La situación actual de la sociedad venezolana es de ebullición. La sensación de inseguridad e incertidumbre incitan a apurar el paso sin esperar la maduración de las personas, de las organizaciones y de los procesos de negociación y búsqueda de consensos. La lectura de *Pueblo y petróleo...* nos ayuda a comprender el proceso y a no quedarnos tranquilos en el presente si queremos preparar un futuro como el que soñamos.